

Vámonos ahora de Guatemala á Nicaragua, lo cual, tratándose de poesía, es ir de Guatemala á Guatepeor, seguramente.

Porque nos encontramos, lo primero, con un Ruben Darío, en comparación del cual todos los malos poetas, por muy malos que sean, parecen buenos, ó, cuando menos, regularcillos.

Sus amigos le llaman *decadentista*. Pero eso ya no es la decadencia, es la deshecha más horrorosa.

Hará cosa de ocho años publicó un librito de versos y prosa titulado *Azul*, con un prólogo de Eduardo de la Barra (otro mal poeta, allá de Chile, á quien ustedes conocen), y envió un ejemplar á nuestro eximio D. Juan Valera.

El cual D. Juan, en un acceso de benevolencia, ó, mejor dicho, en dos, de esos que suelen tener los ancianos, dedicó un

par de aquellas *Cartas americanas* y soñolientas que publicaba en *El Imparcial* á encomiar y ensalzar la obra, diciendo tantas y tantas excelencias del azul folleto y del joven autor, que, en América, las personas de más juicio creyeron que D. Juan hablaba con ironía, y que todo aquello era una sátira.

Se equivocaban ciertamente los que tal creían. D. Juan Valera hablaba en aquellas cartas con seriedad, aunque sin razón, por supuesto.

Y el autor, agradecido, hizo segunda edición de su *Azul*, poniendo en ella las cartas de D. Juan Valera en cabeza de mayorazgo.

El libro está dividido en secciones que se titulan: I. *Cuentos en prosa*.—II. *En Chile*.—III. *El año lírico*.—IV. *Sonetos duros* (¡así, con modestia!), y—V. *Echos*.

Es decir *ecos*, pero escrito en francés para confundir á los lectores, que, después de una tirada de títulos en castellano, necesariamente han de creer que esos *echos* son hechos sin hache.

Azul... Parece que Víctor Hugo, entre otras muchas simplezas que dijo en su decadencia, dijo ésta también: *L'art c'est l'azur*. Y éste es el fundamento del título del libro.

Sabido es que todos los escritores de fama han tenido numerosos imitadores, que,

no pudiendo imitar su talento, se han contentado con imitar sus rarezas, sus extravagancias.

Y como Víctor Hugo tuvo en su decadencia tantas extravagancias y rarezas, sus imitadores, á quienes el buen sentido llamó decadentes, han formado una escuela que ellos mismos llaman por gala de los *decadentes* ó *decadentistas*, pero que debiera llamarse lisa y llanamente la escuela del disparate.

Porque el disparate es principalmente lo que se cultiva en ella.

Enamorados los decadentes de ciertas combinaciones de palabras sonoras, ó, empleando su propia frase, de la *instrumentación poética*, á esta sacrifican las ideas, los pensamientos, la lógica, la gramática, todo, absolutamente todo.

La combinación nueva de palabras, el emplearlas en sentido en que nadie las haya empleado nunca, el decir las cosas al revés, como nadie las haya dicho, es su afán constante.

Tienen por sistema cambiar la naturaleza de las cosas y el oficio de los sentidos, y así hablan á lo mejor de un *sonido azul*, de un *aroma verde*, de un *color sabroso* ó *aromático*; en fin, como dicen nuestros chulos, el disloque.

A esta escuela pertenece Ruben Darío.

Su prologuista de Chile dice de él que tiene el don de la armonía bajo todas sus formas, y alaba como una maravilla este trabalenguas que él llama «acertada combinación de palabras»:

«Agua *glauca* y oscura que *chapotea* bajo el viejo muelle.»

Agua... glau... Parece que rompe á ladrar un perro... Y después, *bajo el viejo...* Aglomeración suavísima de jotas...

Agua glauca y oscura... etc.

¿Han visto ustedes cosa más disparatada? Pues al académico le parece de perlas.

Mas si entre las muchas cosas que, según D. Juan Valera, sabe Ruben Darío, supiera las fábulas de Iriarte, posible es que dijera como el oso aquél, después de echarse entre sí sus cuentas:

Muy mal debo de bailar, cuando tanto me alaban los académicos de ambos hemisferios.

Porque D. Juan Valera también le alaba muchísimo.

Dice que ningún libro había despertado en él tan viva curiosidad como el *Azul*, no bien comenzó á leerle.

Ya se conoce que no comenzó bien.

Y dice más adelante:

«No bien le he leído...»

Claro que no le ha leído usted bien, señor D. Juan. Si le hubiera leído bien, no

diría las cosas que dice, tan exageradas que en América creyeron que eran bromas ó *tomaduras de pelo*.

Hasta con los nombres del autor se entusiasma D. Juan, diciendo académicamente: «Ruben es judaico y persa es Darío; de suerte que por los nombres no parece sino que usted quiere ser ó es de todos los países, castas y tribus.»

Y continúa diciendo D. Juan después de haber manifestado su entusiasmo por los nombres:

«El libro *Azul* no es en realidad un libro: es un folleto de 132 páginas; pero tan lleno de cosas y escrito *por* estilo tan conciso, que da no poco en qué pensar y tiene bastante que leer. Desde luego se conoce que el autor es muy joven (¡claro! porque se lo dijeron á usted en una carta), que no puede tener más de veinticinco años, pero que los ha aprovechado maravillosamente. Ha aprendido muchísimo, y en todo lo que sabe y expresa, muestra singular talento artístico ó poético.»

Estas cosas y otras así eran las que allá en América se creía que D. Juan las decía en chanzas.

Y seguía D. Juan:

«Es más: en los perfiles, en los refinamientos, en las *exquisiteces* del pensar y del sentir del autor...»

Parece mentira que una persona formal como el Sr. Valera, ó por lo menos que tiene edad para ser formal, aunque no siempre lo haya sido, y aunque haya podido decir aquello de los *chirimbolos de la monarquía*, lo cual le ha estorbado de ser ministro... parece mentira, digo, que una persona como el Sr. Valera afirme todo eso de los refinamientos y las exquisiteces del pensar y del sentir de un autor de quien apenas se sabe lo que ha pensado ni lo que ha querido decir la mayor parte de las veces.

Y sigue D. Juan hablando en académico:

«Ninguno de los hombres de letras de esta Península, que he conocido yo...»

D. Juan ha conocido á la Península...

Bueno: él no quería decir eso, pero lo dice...

También dice D. Juan que no sabe lo que debe preferir en el libro de Ruben; si la prosa ó los versos.

No es extraño, porque una y otros «tienen un mérito par», como diría Manolito el de Méjico, Dios le haya perdonado.

En cambio el otro encomiador de Ruben, el prologuista de Chile, poco menos académico que D. Juan, dice refiriéndose á una de las composiciones del año lírico:

«No *trepido* en afirmar que éste es uno de los más bellos trozos descriptivos del Parnaso castellano.»

Sí; bien se comprende que no *trepide* us-

ted, porque la ignorancia es muy atre...
pida y por nada *trepida*.

Mas dejemos á los encomiadores y verán ustedes cómo son los versos del *poeta*:

«Y dijo la paloma:

Yo soy feliz...»

Bueno: se conoce que era una paloma que andaba estudiando gramática (acaso para dar ejemplo á algunos literatos), y trataba de aprender á conjugar. Yo soy... Tú eres... Aquél es...

Porque de otro modo no hacía falta el *yo*...

A no ser que el *poeta* traduzca sus versos del francés.

En ese caso también se explica el *yo*. *Je suis hereuse*: yo soy feliz.

Adelante:

«Y dijo la paloma:

Yo soy feliz. Bajo el *inmenso* cielo...»

Bien podía el *poeta* haber escogido, en lugar de *inmenso*, otro ripio cualquiera que no fuera asonante de *cielo*. Pero, en fin, si-gamos:

«Y dijo la paloma:

Yo soy feliz. Bajo el inmenso cielo,

En el árbol *en flor*, junto á la *poma*...»

Eso no puede ser, porque no hay *poma*.
¿No acaba usted de decir que el árbol está
en flor? Pues hay que esperar por la *poma*
una temporada.

Y cuando venga la *poma* ya no estará en
flor el árbol.

Adelante:

«Y dijo la paloma:
Yo soy feliz. Bajo el *inmenso cielo*,
En el árbol en flor, junto á la *poma*
Llena de miel, junto al retoño *suave*
Y húmedo *por las gotas del rocío*,
Tengo mi *hogar*.»

¡Acabáramos!

Aunque hemos acabado mal, natural-
mente.

Porque las palomas no tienen hogar, ni
es imagen admisible llamar así al nido.

Y de todos modos no debía decir *tengo*
mi hogar, sino *mis hogares*, puesto que,
sacando la cuenta por lo que dice la palo-
ma ó por lo que la hace decir el poeta, lo
menos tiene tres ó cuatro. Uno en el árbol
en flor; otro en el árbol con fruta, junto á
la *poma*; otro junto al retoño *suave*... ¿Có-
mo es posible que un nido solo ó un solo ho-
gar esté junto á todas esas cosas?

A más de que las *pomas* tampoco están lle-
nas de miel: tienen azúcar y ácido málico...

Y luego el retoño *suave* estará además
húmedo por las gotas de rocío si es por la
mañana; pero si es por la tarde, no es creí-
ble.

Quedábamos en que decía la paloma:

«Tengo mi *hogar*. Y *vuelo*
Con mis *anhelos de ave*...»

Naturalmente. *De ave* tienen que ser sus
anhelos, si es que los tiene. ¿Habían de ser
de reptil ó de cuadrúpedo?

¡Qué cosas creen necesario advertir es-
tos poetas decadentes!

Verdad es que hacía falta poner un con-
sonante al retoño *suave* que dejamos arri-
ba, y de aquí la necesidad de los *anhelos*
de ave.

Y los *anhelos* tampoco sientan bien ahí
tan cerca *del vuelo*.

Pero sigamos:

«. Y *vuelo*
Con mis *anhelos de ave*,
Del amado árbol mío
Hasta el bosque *lejano*...»

¿Cómo hasta el bosque lejano?... ¿Pues
acaso el amado árbol suyo no forma parte
del bosque?

Podría decir «hasta el confín lejano del
bosque»; pero decir que vuela desde el árbol

hasta el bosque, es como si yo dijera que voy desde Madrid hasta España.

A ver qué más dijo esa paloma... si es que era paloma; que yo voy creyendo que no era sino algún palomino atontado.

«Cuando al himno *jocundo*...»

¡Atíza!... ¡Por dónde ha ido á formar escuela el Conde de Chestel!...

«Cuando al himno *jocundo*

Del despertar de Oriente

Sale el alba *desnuda*...

(*Mejor es que se vista*) y muestra al mundo
El *pudor de la luz* sobre su frente...»

¿Qué será el *pudor de la luz*?... Vamos á ver... discurren ustedes... Pero si no lo aciertan, no se lo pregunten ustedes á Don Juan Valera ni al autor, porque ninguno de ellos lo sabe tampoco.

Y luego ¡buena manera de mostrar el pudor... presentarse desnuda!...

Pero, en fin, eso del pudor de la luz era cosa que nadie había dicho, y para ser original... Adelante.

«En el fondo del bosque *pintoresco*

Está el alerce en que formé mi nido...»

¿Ve usted cómo usted mismo confiesa que

el árbol amado de la paloma estaba en el bosque? ¿Ve usted cómo era un disparate hacer decir á la paloma que volaba del *amado árbol suyo hasta el bosque lejano*?

«En el fondo del bosque *pintoresco*

(*Esto pide algo fresco*)

Está el alerce en que formé mi nido...»

¡Y luego decía usted ó hacía usted decir á la paloma que el nido, allá cuando le llamaba *hogar*, estaba junto á la poma!... El alerce no tiene pomas... Digo, como no llamemos poma á la piña, y esto me parece bastante violento...

Verdad que también decía usted que estaba el nido ó el *hogar* en el *árbol en flor*, y ahora resulta que está en un árbol que no echa flor, á lo menos en el sentido usual y corriente de la palabra.

¡Es que no se le puede á usted creer nada ni se le puede hacer á usted caso, porque en seguida contradice usted todo lo que ha dicho!

«En el fondo del bosque *pintoresco*

Está el alerce en que *formé mi nido*...»

Formemini... segunda persona del plural del presente de subjuntivo de la voz

pasiva del verbo *formo*, *as*: vosotros seáis formados, *vos formemini*...

«En el fondo del bosque *pintoresco*
Está el alerce en que *formé mi nido*,
Y tengo allí *bajo el follaje fresco*
Un polluelo *sin par*...»

¡Es claro! siendo uno solo, tiene que ser *sin par*. Aunque no suele tener la paloma un pichón solo, sino dos cuando menos.

«Un polluelo *sin par*, recién nacido.»

Y si dice usted lo de *sin par* como queriendo decir muy hermoso, dice usted un disparate; porque los palomines recién salidos del huevo son tan rematadamente feos, que ni aun á su madre pueden parecer guapos.

Usted no los habrá visto nunca, y creerá que salen ya emplumecidos y hermosos como los polluelos de la codorniz y de la perdiz y de las demás gallináceas; pero, amigo, no: los pichones nacen, si usted quiere llamar nacimiento á la salida del huevo, nacen en carnes y son tripudos y feísimos durante una larga temporada, hasta que emplumecen.

Digo esto para que usted se convenza de que no ha aprendido tantas, tantas co-

sas como dice D. Juan Valera, y de que no viene mal saber un poco de historia natural para escribir versos de las palomas ó de cualquiera otra clase de vivientes.

Porque de lo contrario se expone el poeta á llamar hermoso á un palomín recién nacido, más feo que la contribución, ó á hacer rumiar á una yegua, como ha hecho otro poeta americano.

Siga la paloma hablando de sí misma:

«Soy la promesa *alada*,
El *juramento vivo*;
Soy quien lleva el recuerdo de la amada
Para el enamorado *pensativo*
(Como el lector al ver este adjetivo).
.....
Soy el lirio del viento
(Y que perdone Góngora un momento).

Porque se le está usted poniendo delante.

Bajo el azul del *hondo* firmamento
Muestro de mi tesoro *bello y rico*
Las *preseas y galas*...
El arrullo en el pico
(Para esto hubo el tesoro de ser *RICO*),
La caricia en las alas
(Para esto tuvo *GALAS*).
.....
Yo soy toda inocente, toda pura,
Yo me esponjo en las ansias del deseo...»

Y esto... ¿con qué se comerá?... ¿Qué será esto de esponjarse en las ansias del deseo? Siga:

«¡Oh inmenso azul! Yo te amo. Porque á Flora Das la lluvia...»

No es verdad. Esto no es verdad. El inmenso azul no da la lluvia. Precisamente el cielo, que será á lo que usted llama inmenso azul, para dar la lluvia tiene que dejar de ser azul y ponerse nublado.

¡Qué lástima de un poco de Física!

Y seguía diciendo la paloma:

«¡Soy feliz! porque es mía la floresta
Donde el misterio de los nidos se halla...
Feliz, porque de dulces ansias llena...»

Las ansias y la felicidad no se componen muy bien, pero... vamos... Feliz...

«Porque no hay una rosa que no me ame...»

¡Y decías que *mamabas!*...

¡Buen caso hacen las rosas de las palomas!

«Ni pájaro gentil que no me escuche
Ni garrido cantor que no me llame
(Ni joya que no tiemble en el estuche).
—¿Si?—dijo entonces un gavián infame,
Y con furor se la metió en el buche.»

No. Con furor se arrojaría sobre ella, y la mataría, y la pelaría... Pero metérsela en el buche ya no lo haría con furor, lo haría con ansia, con una de esas ansias que usted acaba de desperdiciar ahí arriba; lo haría con gula... lo haría hasta con mucho gusto, ya que no pudiera hacerlo con muchas patatas, pero no lo haría con furor ciertamente.

No hay que cambiar los frenos ni las pasiones.

Ahora falta decir que el canto á la paloma le concluye el vate con una blasfemia vulgar, de la que casi se escandaliza ó por lo menos se disgusta D. Juan Valera.

Digno remate.